

Forgotten Books

— www.forgottenbooks.com —

Copyright © 2016 FB &c Ltd.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law.

ok to drill

AL CHIMBORAZO.

ODA

POR

Q. SANCHEZ.

PRECEDIDA DE DOS CARTAS.



QUITO

IMPRENTA NACIONAL

1881.

AL SR. DR. CÁRLOS R. TOBAR.

Estimado amigo:

El año 1868 visité por primera vez la pintoresca Guayaquil. La hermosura de su río, la rica y pomposa vegetación de sus vegas, el afán bullicioso de un pueblo trabajador y lleno de animación, despertaron en mi mente ideas encantadoras, hasta entonces para mí desconocidas. Empapado en la lectura de Virgilio y Horacio, de Fray Luis de Leon y de Quintana, anhelaba yo también cantar lo bello y lo grande. Avecilla envidiosa del trino melodioso de los ruiseñores, sentíame poderosamente movido á imitarlos.

Recuerdo agradable! Allá, en esas márgenes risueñas, cediendo á un oculto fuego que no estaba en mí sufocar, canté por la primera ocasión, con timidez y conocimiento de mi propia impotencia. Mis cantos sólo oyeron algunos amigos que, indulgentes sin alabanzas exageradas, y entusiastas sin egoísmo, supieron estimularme, dándome útil enseñanza. Entonces fué cuando, jóven de veinte años, me atreví á cantar al Chimborazo, cuya cima se divisa desde el Guáyas, como un trozo de nieve suspendido entre las nubes.

Mi carácter y mis inclinaciones se han avenido siempre más bien con las fáciles y no estudiadas armonías del divino Leon, mi poeta predilecto, que con la robusta entonación de Herrera ó de Quintana. Sin embargo, era difícil no caer en la tentación de cantar al *Rey de los Andes*. Temerario atre-

vimiento, á no dudarle, en un jóven de poca edad y escaso talento. La golondrina que labra, bajo el seguro alar del techado, su nido de tierra, nunca va como el cóndor á buscar albergue en las elevadas rocas de las montañas.

Pero hay un secreto impulso, una inspiracion irresistible, más fácil de sentir que de explicarse, que, á las veces, nos hace salir de nuestra genial inclinacion en vista de lo grande y lo sublime. La naturaleza nos habla entónces con mudo lenguaje, nos convida á admirarla y cantar.

Cuí en la tentacion, querido Cárlos, y canté al Chimborazo; pero tuve la imprudencia de publicar mi *silva* demasiado temprano y precipitadamente, ántes de que la necesaria lima y más profundizado estudio puliesen mi imperfecto trabajo. Hubo, pues, de salir mi ensayo defectuoso en la forma y, lo que es peor, falto de unidad, sin la cuál no puede haber belleza literaria, sobre todo en esta clase de composiciones que los preceptistas llaman *pindúricas*. Me arrepentí de mi ligereza y de esa fiebre, natural por desgracia en los primeros años, de publicar ántes de hora é inconsideradamente las primeras producciones. Ahora, tras largo tiempo, he corregido mi *silva* casi de todo en todo, y me he resuelto á dárla á la estampa. Apénas conserva veinte ó treinta versos de la escrita en 68. Dejando la idea que me inspiró, la he dado más extension, he cuidado más de la forma, haciendo lo posible porque desaparezca la publicada en antaño y no se cuente en el número de mis composiciones.

No se crea, por esto, que trato de elogiar un parto de mi pobre ingénio. Nadie es juez de sus propias obras, y el fallo del público sensato é ilustrado es el que decide en materias literarias: á él debemos atenernos y sujetarnos, oyendo con modestia sus consejos ó sus aplausos. Odio la crítica magistralmente pretensiosa y que ántes insulta que no corrige, así como agradezco las observaciones detenidas y juiciosas. Desprecio al que, sin analizar una obra ni hacer la aplicacion de las reglas del arte, la condena desenfadado y en pocas palabras, y admiro á críticos como el señor Mera, cuyas acertadas indicaciones me han servido mucho para corregir mis romancitos titulados *La Hija del Shiri*.

Así que, mi ilustrado amigo, si la primera *silva* al Chimborazo fué un mal ensayo, confío en que esta segunda será siquiéra legible, si no me engaña mi amor propio; y si está desnuda de mérito, á la postre, le queda todavía el de ser dedicada á U., laborioso escritor y esméraño hablita.

Si á U. le agradan mis versos, como tiene la bondad de decírmelo, más ratos de solaz heme pasado yo con sus bellos artículos y bien pergeñadas cartas, que en gracia, ingenio y castiza dición no les van en zaga á los escritos del más modesto y grande de nuestros literatos; que es cuanto puede decirle en pró de la verdad y sus merecimientos.

Q. SÁNCHEZ.

AL SR. D. QUINTILIANO SÁNCHEZ.

Estimado amigo:

“Quereis, por ventura, sublimaros hasta el cielo, extasiaros en lo inmenso, anonadaros con lo infinito?—Aquí tenéis cómo conseguir vuestro objeto, aquí tenéis medios, aquí alas, y no prestadas ni fementidas que os encumbren para precipitaros: el Antizana, el Cayambe, el Chimborazo, aquí están, monstruosos peldaños por donde subireis á la gloria y al éxtasis.”

Díjelo no há mucho, querido poeta, y ya hubo quien, con paso seguro y con aliento propio para escalar las inmensas alturas, subiese hasta la cumbre para lanzarse á la inmortalidad.

Díjelo, y no preví entónces, que yo tambien habia de ser arrebatado á esas vertiginosas cimas, en brazos de quien tiene fuerzas sobradas para encumbrarse y para encumbrar.

Pero usted, debo quejarme, se está contemplando, sin pestañear, los perpetuos albos hielos; yo; infeliz de mí! estoy deslumbrado y apenas puedo abrir los ojos no acostumbrados. Usted no está fatigado y, más bien, los labios entreabiertos está aspirando aire glorioso, aire de las alturas, aire apropiado á usted, miéntras yo, mal Quintiliano, aquí me estoy anhelante y con la vista herida por los rayos de gloria que las nieves reflejan.

“Nadie es juez de sus obras”, dice usted; yo agrego, ni podemos serlo tampoco de lo que nos pertenece, siquiera la obra sea ajena. No quiero juzgar la Oda á mí dedicada; cuanto más que un público selecto la juzgó ya y coronó al autor venturoso.

El Gran Mariscal debe de haberse gratamente conmovido cuando de las fa'das del Pichincha, la noche del 24, se levantó estruendo de victoria, pero de victoria no ennegrecida por el humo de la pólvora, de victoria no conquistada con la muerte de sus hijos, sino con la vida honrosísima á la cual esa noche nacieron algunos de sus descendientes.

Siendo verdad que las palabras y las acciones de los hombres están estrechamente relacionadas con los sentimientos, estamos de plácemes: pueblo donde la buena literatura conmemora los triunfos de la buena libertad, pueblo es de bien fundadas esperanzas.

La juventud se remueve ya, tenemos afición á las letras, amamos la verdadera libertad: Bolívar y Olmedo, Sucre y Mejía están ofreciéndonos guiarnos por camino de progreso y de grandeza.

Agradézcole, buen amigo, la carta favorecedora.

Feliz el poeta que erija su monumento sobre la cumbre del Chimborazo.

C. R. TOBAR.

AL CHIMBORAZO.

DESDE LAS MÁRGENES DEL GUÁYAS.

A MI AMIGO EL ILUSTRADO LITERATO

DOR. CARLOS R. TOBAR.

Desde las frescas y rientes playas,
Que manso lame el caudaloso Guáyas,
Columbro ahora tu serena frente
Que domina lejanos horizontes,
Chimborazo sublime,
Admirado monarca de los montes.
De tu soberbia majestad pendiente,
Mi corazon se oprime:
Absorta á tu presencia
Desfallece mi mente;
Tu celsitud envidio; en su vehemencia
Perdido, anonadado
Queda al volar allá mi pensamiento.
En las alas del ábrego violento
Llegar á tí mi espíritu quisiera,

Y, en divina canción arrebatado,
Con sus acentos atronar la esfera.

Allí estás coronado
De transparentes nubes, que ilumina
El númen de los Incas con su llama.
Tu tersa faz espléndida se anima,
De púrpura tu borde se recama,
Y el rayo aterrador sobre tu cumbre
Su carro guarda y su siniestra lumbrere.

Los andinos colosos
Desde su firme asiento te contemplan;
Vasallos orgullosos,
Tu augusta imagen emulando, tiemblan.
Cubiertos de blanquísimo sudario
Sus riscos espantosos,
El ALTAR solitario
Allá, descuelga, en silencio mudo,
Parece que al mirarte, avergonzado
Su enhiesta faz esconde en el nublado.

Con el estruendo rudo
Asordando las selvas, do derrama
Deslumbradora llama,
Te saludá el SANGAY: tu ínclita alteza
A la distante zona
Con el eco de ráudos vendavales
Anuncia el TUNGURAHUA.
Bramando con fiereza
El COTOPAXI ronco te pregona
Rey y señor de montes colosales.
El ILINIZA de apagada fragua
Al aire alzando su bifronte cima,
Brillante te vislumbra
Desde apartado clima,
Y ante tí, sorprendido, se deslumbra.
Te admira el lindo y blanco SINCHOLAHUA;
Se esconde el CORAZON á tu presencia;

Umbroso el ATACAZO
Apénas es girón de tu regazo,
Y el RUMIÑAHUI calla en su impotencia.

El ANTIZANA bello
De frente platéada,
Del sol bañado en vívido destello,
A tí tranquilo vuelve su mirada.
Miéntras la brisa los raudales hincha
Que serpean su falda,
Coronado de gualda,
Inmutable, sereno,
Te contémpla el PICHINCHA,
Y, allí, génio del bien, que al mundo asombra;
Se alza de Sucre la sublime sombra;
En tanto QUITO aduéimese en el seno
Del monté giganteo,
Como vírgen modesta
Que buscó el fresco y deleitosa siesta.

El CAYAMBE gentil, el que en pavura
Treme, á tu nombre, COTACACHI altivo,
El remoto IMBABURA
Con sus ruinas sombrío,
Tu inmensidad aclaman y hermosura.

Tú, el suelo ecuatoriano
Con tu mole sustentas;
Sobre el averno tétrico te asientas;
Donde, en despecho insano,
Contra Jehová infinito,
Luzbel, audaz precito,
De tu peso abrumado, ruge envano;
Miéntras tú, inmoble, eterno, silencioso,
Titan de las edades,
En medio de tus vastas soledades,
Escabél del Señor, te alzas airoso.

Yo siempre te admiré, cuando á tu planta
Bramando rudo y fiero,
Nubes de arena el huracan levanta.
Tu mole entónce anúblase, y se viste
Del negro manto de la noche triste.
Súbito se desata
El hórrido aguacero,
Y en derredor te ciñe, y se dilata
El trueno entre tus rocas retumbando.
El éter serpëando,
Rápidas las centellas
Deslumbran sin cesar; cae abundante
La nieve y cubre el páramo desierto:
Del rumbo antiguo las borradas huellas,
Afligido é incierto,
Busca doquier medroso el caminante.

Mas propicio Jehová recoge el rayo,
Y en plácido desmayo
Reposa el ancho suelo:
La tempestad se aleja
Al mandato de Dios; el alto cielo,
A su leve sonrisa, se despeja;
El extendido velo,
Que te ocultaba denso, desaparece:
Más hermosa tu frente resplandece.

Montaña sin rival, régia montaña,
Del Criador perenne maravilla,
Cuando tu frente así cándida brilla
Y en áurea luz purísima se baña,
¡Cómo el alma se eleva
A lo ignorado y grande
Y allá feliz su aspiracion se lleva!
El ánimo se espande
Y está el mirar suspenso;
Con hondo meditar, en el inmenso
Pasado, en el abismo

Del porvenir me pierdo. Breve punto
Es el hombre ante tí: nécio pretende
Orgullosa, olvidado de sí mismo,
Aréanos penetrar que no comprende.
¡Vano afanar! que junto
A la tiniebla fría
Desparece veloz, huésped de un día.

Pasa la humanidad: tú, portentoso
Permaneces, burlando
El poder de los tiempos impetuoso.
Ciudades y naciones
Tórnense en campos mústios y desiertos,
Y se atropellan mil generaciones.
Los siglos se suceden
En derredor de tí, ráudos girando:
Tu destrucción anhelan...mas ¿qué pueden?
Los siglos quedan en tu cumbre yertos.

Tú de Riobamba altiva
Viste las altas torres desplomarse
Al vaiven fragoroso de la tierra;
Viste su imágen trémula, aflictiva,
Su grandeza y orgullo disiparse.
Hoy al viajero aterra
El campo desolado
Que misérrimos indios han poblado.

Y en más lejano tiempo,
¡Oh crueldad y codicia sin ejemplo!
Excelso Chimborazo,
Tú la espléndida gloria
De los hijos del sol viste eclipsada.
En sangrienta victoria
La codicia ensañada
Descargaba frenética su brazo
Sobre el Inca infeliz; tu ancha llanura
En inocente sangre fué bañada.

El cáliz de amargura
Hasta las heces apuró en el día
De horrenda muerte, cuando
En tí los ojos túrbidos fijando
Por la postrera vez, daba un gemido,
En su furor horrible, complacido,
El hispano feroz se embebecía,
Y triunfo, clamaba, y escarmiento,
Mientras del indio el postrimer aliento
Entre la endeble paja se perdía.

Pasó la gloria indiana: pobres restos
Vense doquier de antiguo poderío,
Escombros que funestos
Hacínó el tiempo con su mano, impío.
Si sondéar pudiera los misterios
Del pasado sombrío,
¡Cuánta generacion, cuántos imperios
De la edad primitiva, éra por éra,
Asombrada mi mente descubriera!

Mas pláceme soñar, y en lontananza
Mirar el sino de la patria mia:
Alas de fuego tiene la esperanza,
Esperanza de glorias y ufanía.
Cual de las ondas púdica sirena,
De Bolívar y Sucre al poderoso
Golpe, surgiera, de atractivos llena,
La juvenil República: sus sienes
Orló diadema de oro,
Y vates mil, en acordado coro,
Su prez cantaron y futuros bienes.

Si hoy gime entre cadenas,
Mañana aquí se buscará un asilo
La augusta Libertad; sus ecos grandes
Repetirán los Andes,
Y su cetro tranquilo

Doquier la fada tenderá risueña.
Augurio sea ó ilusion que sueña
La musa que me inspira,
Obediente á su anhelo,
Yo templaré mi descordada lira,
Vagando libre en la florida vega
Que el Guáyas manso riega.
Con mi atrevido pensamiento, al cielo
Me encumbraré fugaz: en tu regazo,
Al tornar á mí mismo, breve instante
Descansaré, sublime CHIMBORAZO.
Hermoso, rutilante,
Te admiraré otra vez: ante el divino
Autor de tu grandeza
Inclinaré sumiso mi cabeza,
Y entre tus rocas el condor andino,
Al rebramar de fieros aquilones,
De libertad oirá blandas canciones.

Quintiliano Sánchez,

